

>

E

S

T

U

D

I

O

S

¿HAN PASADO REALMENTE SETENTA AÑOS?

ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE
CATEDRÁTICO DE HISTORIA E INSTITUCIONES ECONÓMICAS
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Muchos historiadores coinciden hoy en minimizar, en el largo plazo, los efectos macroeconómicos de la guerra civil española. Por decirlo rápida y sencillamente, no echando mano de gráficos, la curva representativa del crecimiento económico, vista en perspectiva a lo largo de un siglo, quedaría suavizada, convertida en un “bache” importante, que recuperaría luego la dirección de la línea anterior. Ello vendría a demostrar que incluso un acontecimiento tan terrible, visto desde muy lejos, matemática, desapasionadamente, quedaría reducido en su dimensión a una alteración superada con el tiempo. No estoy de acuerdo, ni en el conjunto de esa explicación ni en su intención.

En primer lugar, porque la interrupción del desarrollo económico español fue muy considerable. Hay acuerdo en que el nivel económico, la renta *per cápita* que se disfrutaba en 1935, no se recupera sino

en 1953, es decir dieciocho años después, transcurrido un largo periodo que abarca la guerra civil y una durísima posguerra con el aislamiento internacional durante la guerra mundial y la propia secuela de ésta. El final vendría a coincidir con un tardío y desgastado reconocimiento exterior del régimen de Franco, en un nuevo contexto en el que los Estados Unidos, ya en clave maccarthysta, aprueban acuerdos con la España anticomunista de Franco, a la vez que el Vaticano, que también había retrasado la firma de un Concordato todo ese tiempo.

En tan largo periodo la población ha padecido el horror de una guerra entre españoles, con todos los odios desatados, las muertes en los frentes y, sobre todo, en pueblos y ciudades, de cientos de miles de personas que en muchas ocasiones apenas habían hecho otra cosa que votar de uno u otro modo, vivir una u otra creencia:



Los presos de la cárcel de Porlier cantan el *Cara al sol* el día de Nuestra Señora de la Merced, patrona de los reclusos, 28 de septiembre de 1940. (Foto Cortés)

las ideas no delinquen, y caso de haber delitos merecen tribunal, defensa, juicio justo, condena que respete la vida. Y luego, el exilio más o menos duradero, la pérdida de bienes y familias, el ocultamiento vergonzante de la propia condición y las propias ideas en el caso de los vencidos. Y para una inmensa mayoría, años de racionamiento y hambre, de apagones de luz y frío, de escasez de medios educativos para los hijos, sanitarios para todos.

Una sociedad rota y maltratada. Y silenciosa. No hablo de la mitad, sino de la mayor parte, porque hasta los del bando vencedor que no se habían colocado en los primeros puestos hubieron de pasarlo como el resto, o casi. La miseria los abarcó a todos. Mientras, incluso los grandes vencidos de la guerra mundial –Alemania e Italia– iniciaban su rapidísima recuperación gracias a un generoso Plan Marshall norteamericano e iban a encabezar, nada menos, el grupo firmante en 1957 del Tra-

tado de Roma, creador del Mercado Común europeo.

Hay una segunda discrepancia, menos percibida pero no menos dura. Me refiero a la dirección que la curva llevaba antes y recuperará después, a partir de esa fecha de 1953. Porque, en efecto, en los años cincuenta hay una cierta mejora, que a partir



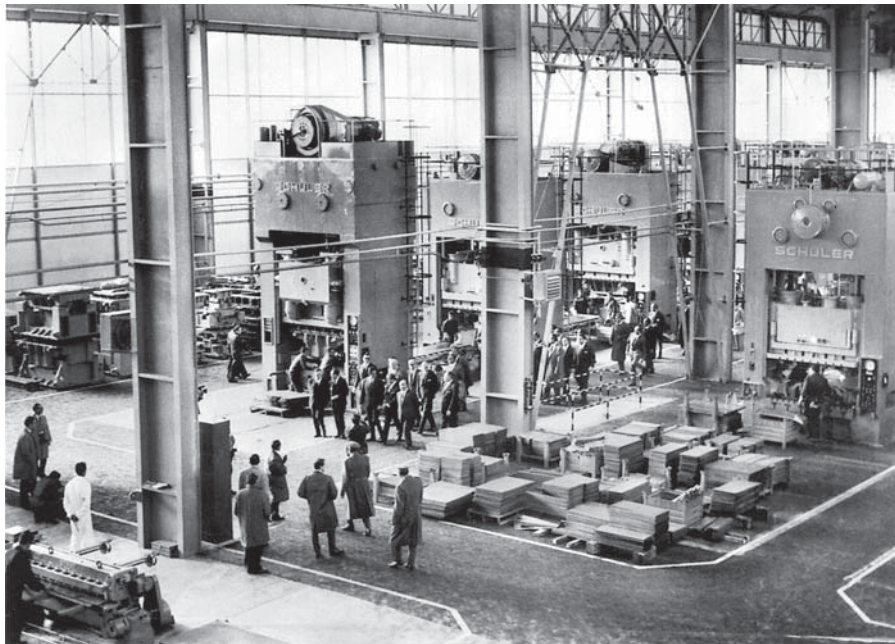
Vecinos del barrio de Entrevías en Madrid, 27 de octubre de 1946. (Foto Vidal)

de los sesenta se hará más visible, dando lugar a un crecimiento destacado. Pero no sólo debemos observar la dirección, hacia arriba, sino su dimensión, moderada, que hubiera sido mayor de no haber habido esa tremenda interrupción y larga recuperación. Entre lo que dan de sí las cifras y lo que hubieran dado de no haber habido ese enorme “bache”, hay un espacio muy grande, una diferencia que también hubo de ser pagada por la población en forma de atraso, privaciones, menores parámetros del desarrollo. Incluso, estructuralmente, hay muchos asuntos que no sólo llegan tarde, sino que con frecuencia presentan defectos que van a perdurar hasta nuestros días.

De todos modos, no querría fijar solamente la atención en las dimensiones macroeconómicas, sino descender a las micro, y aun a los rasgos de la vida cotidiana. Apelando a la memoria de los mayores, surgen recuerdos, ya casi callados, que ha-

blan no sólo de escasez material, sino, sobre todo, de una vida social coartada por un régimen que no admite discrepancias, donde no hay libertades fundamentales, ni prensa y radio independientes, ni otro medio de defensa laboral que un sindicato oficial que prohíbe el posicionamiento de clase y la huelga. Una cultura atravesada de parte a parte por la censura, política y religiosa. Una sociedad invadida por el miedo y el recelo, por silencios temerosos del dedo acusador a quienes no son, o no se comportan, como los más fieles.

Y, todavía, junto a esas claves, lo que para mí es más despiadado: el mantenimiento durante cuatro décadas de los símbolos originarios fascistas, honores para los “caídos por Dios y por España” y el silencio y el desprecio a los odiados “rojos”, y también a todos los tibios o indecisos; una cultura de los vencedores manifestada en los libros escolares, las celebraciones religiosas o laicas, los nombres de las ca-



El ministro de Industria, Gregorio López Bravo, y el ministro comisario del Plan de Desarrollo, Laureano López Rodó, en la inauguración de las instalaciones de FASA-Renault en Valladolid, 1965.



Asamblea de estudiantes en Barcelona en la que un estudiante de Filosofía pide a sus compañeros que no acudan a votar en el referéndum, abril de 1966.

lles. Como los romanos sobre Cartago, el franquismo echó sal sobre los recuerdos: no habría mención histórica a una digna y esperanzada República (sus asesinos justificaron esa muerte ignominiosa), ni escritores que no fueren adictos (hasta *Platero y yo* estuvo prohibido, y cuando le



Encierro de mineros en la mina Lorri de Mieres. (Asturias, julio de 1967)

dieron a Juan Ramón el premio Nobel, nadie sabía en el Ministerio de Información quién era ese tal Jiménez).

En ese largo lapso de vida civil coartada, habría de resurgir, con los años del desarrollismo, basados ante todo en el trabajo emigrante de más de dos millones de españoles en Europa, en las inversiones

extranjeras (porque al fin el capital hace pocos ascos a las oportunidades, donde quiera que estén, tengan el régimen que tengan) y en las divisas que traen los benditos turistas, que se escandalizan un poco de normas y costumbres antediluvianas, pero buscan entre tanto tipismo un poco de sol y precios bajos. El motor de la industrialización empuja, al fin, hacia cotas de crecimiento mayor, y una clase media ya importante disfruta de esa sociedad de consumo en que se irán escalonando el televisor y el frigorífico, la lavadora y el coche utilitario, el piso en propiedad y las vacaciones.

Y al fin y casi en paralelo con esa nueva sociedad, va surgiendo (al principio contra una violencia muy grande que quiere impedirlos, un movimiento obrero y estudiantil que luchan contra el sistema y sus imposiciones; luego, cada vez con más vergüenza y temor por parte de los poderes públicos desconcertados) una alternativa de defensa de libertades y busca de la democracia, de leyes acordes con los derechos humanos inalienables, de trazados solidarios para hacer menos injusto el reparto que el capitalismo había favorecido descaradamente.

El péndulo de la Historia, el vaivén que corresponde a todos los excesos, había de llegar; pero sólo a la muerte del dictador, y obedeciendo en principio los ritmos y caminos diseñados para que todo quedase “atado y bien atado”. La democracia fue posible porque los franquistas temían tanto como los hasta entonces acallados; porque hubo razón y pactos en una transición medida y comedida; en los nuevos partidos y sindicatos, y las viejas patronales; políticos audaces como el tan denostado entonces y ensalzado hoy Adolfo Suárez y unos cuantos más. Pero no se logró en un día, y hubo amenazas a todo lo avanzado



Manifestación de estudiantes ante la Facultad de Ciencias de la Ciudad Universitaria de Madrid, 17 de mayo de 1975. (Foto Barriopedro)

como el tejerazo, y otras duras y encubiertas oposiciones, traiciones y torpezas.

Al fin, tras tanta espera y esperanza, la sociedad española caminó resuelta hacia un futuro compartido por todos, una sociedad del bienestar donde la educación y la salud no fueran privilegio; el sufragio resultase periódicamente casi ritual, como la llegada de las estaciones del año; lógico el turno de partidos y sus alternativas de poder; algo normal la incorporación a una Europa unida algo más que comercialmente, situándonos en un rango de países desarrollados, industrializados, homologables. Bien está lo que bien acaba.

Pero esta historia no ha hecho sino empezar, para los más jóvenes, que de nuevo ven, si acaso no les aburren y desorientan los ecos mediáticos, una tensión extrema en la vida política (¿o es teatral representación cara a sus galerías?), índices de corrupción que desbordan las alfombras que ocultaban tanta basura, una democracia todavía imperfecta, opaca. Una Jefatura del Estado que no rinde cuentas de los nueve millones de euros que percibe al año para sus gastos, por encima de las leyes; una Constitución razonable cuando se redactó pactadamente entre todos en 1978, pero cuya quebradiza consistencia se pone en duda al no poderse, en la



23-04-1975. Adolfo Suárez jura su cargo como nuevo vicesecretario general del Movimiento ante Franco en el palacio de El Pardo.

práctica, hacer otras enmiendas y mejoras que las que impuso la entrada en la Unión Europea.

Y cuando algunos, templadamente, piden saber de una vez toda la historia camuflada, ocultada, se pueden ver breves series televisivas novelizadas, pero hay muchas vestiduras rasgadas si se quiere ir más allá, cambiando nombres de vencedores crueles en calles y plazas y estatuas, contar los muertos y quién y cómo los mataba, cavar las fosas comunes donde se ocultaron tropelías: qué ganas de revolver aquello, de romper el frágil paso dado al superar los odios aún latentes, no vayan a salpicar aún esas indagaciones a padres y abuelos sobre los que se cubrió un tupido velo. Débil es, pues, aún, tras setenta años del final de aquella guerra, velemos y trabajemos porque la paz se fortalezca. Una paz basada sobre el conocimiento y sus enseñanzas, la convivencia y el perdón está, estaría muy bien. Aún no la tenemos. Aún siguen miedos y rencores, aún hay cosas intocables, temas, instancias, magistraturas en peligro. Somos aún, ay, menores de edad. Y dicen que han pasado setenta años.